

La Moda: Un Fenómeno Cultural

El Traje. Transformaciones de una Segunda Piel
Isabel Cruz de Armentábar, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996, 247 páginas.

por Julio Retamal Favereau

ESTE libro es interesante y válido en primer lugar, por la arrojada del tema. Los modos y costumbres vestimentarias no pueden ser objeto de mucho estudio. En segundo lugar, por la forma profunda y bastante exhaustiva que utilizó la autora para desarrollarlo. Y, por último, por las importantes conclusiones que se sacan del análisis.

La historiografía actual se inclina por temas como las costumbres, las mentalidades, las creencias, la vida cotidiana, como manera de comprender la visión de una historia paralela: política, militar o económica, descurriendo y vacía de toda intensidad de vida. Por fin se ha comprendido que tras los hechos relevantes que dan la pauta histórica hay otros humanos que tienen otras dimensiones, más íntimas, más personales, más privadas, pero que inciden —y a menudo, con fuerza— en las grandes decisiones. Desde las creencias religiosas hasta los males físicos o enfermedades, pasando por las usos y costumbres familiares, las tendencias psicomágicas, los gustos y las fobias, son muchos los factores que afectan al ser humano en su vida y en su proyección histórica. El traje y la moda que lo impone pertenece en esta clase de elementos tal vez menos relevantes pero si muy significativos. La moda es en parte del fenómeno de la cultura y viene a ser también "un factor de dinamismo social y cultural, un motor del cambio", como sostiene la investigadora.

Isabel Cruz realizó un buen número de facetas monográficas, principalmente tratamientos y cartas dobles o partituras, en que se detallan los trajes, calzados y adorios de la vestimenta tanto masculina como femenina de los siglos estudiados. Además, ha realizado un minucioso análisis de la iconografía de la época —muy poco abundante, por desgracia— y ha utilizado estudios sobre el tema publicados en diversos países, incluyendo Chile. De todo ello ha valido una obra precisa en su contenido y ágil en su descripción.

La autora ha discutido tres etapas en el traje usado en Chile, entre 1650 y 1820. La primera, que va de 1650 a 1750, se refiere al régimen barroco y lo describe como una "metáfora del cuerpo". Son tiempos que España, por su preponderancia política que se establece, impuso modo, de 1500 a 1650, impuso la moda en el resto de Europa y en sus dominios Americanos, lo cual

pasó por más de un siglo. Como dice Isabel Cruz, el cuerpo humano se fue sustituto del traje, realzando sus formas naturales, sino que fue ocultado por él y terminó identificándose con él. La primera piel creó la preciosísima a la segunda piel.

En Chile este tomó la forma de una "estética del recubrimiento". Afortunadamente, no se llegó tan lejos como en la corte española, en donde la preventiva frase: "La Reina de España no hace piernas", hizo temblar de pavor a una princesa gala, destinada a ser concubina del monarca español, por cuanto creyó que habían de amputarle las piernas. De lo que se trataba, por supuesto, era de impedir que si tan alto se elevaba las extremidades inferiores de la reina bajo el pesado vestido. Como dice la autora, se usaron prendas densas, opacas, fieras, que confundieron una apariencia de "lugar rígido" a los personajes encamados.

El segundo período de que trata el libro, «El traje como señal de identidad», marca la segunda parte del siglo XVIII. Aquí resurgió el cuerpo, pero artificialmente presentado por lo que Isabel Cruz llama "la otopolía" del Rococó, particularmente el francés. El vestuario femenino se alivió, pero se envió en telas cortas y se abusó con los marfilenes, agarrándose prendas maquillajes y adorios nupciales. Por otra parte, el traje masculino se "afinó". Sin embargo, lo más interesante resulta el hecho de que en este período el traje en Chile, tanto de hombres como de mujeres, se diferenció bastante del usado en Europa. Por un lado, subsistieron elementos arcaicos y, por otro, se desarrollaron prendas antielegantes. Como ejemplo tenemos el pantalón en los varones y las faldas cortas —a menudo apenas cubriendo las rodillas— y muy arancilladas en las damas.

El tercero y último capítulo de esta obra se titula «La moda neoclásica como signo de renovación» y cubre, a grandes rasgos, los primeros veinte años del siglo XIX.

No es de sobra conocidos los cambios en la moda que introdujo la Revolución Francesa, pero que habían sido precedidos por los gustos ingleses, por las tendencias románticas de "vuelta a la naturaleza", y hasta por las ideas de la corte de María Antonieta. Vuelta a la simplicidad, abandono del artificio, revealor tracción del cuerpo y exhibición abierta del mismo, particularmente en las damas, dijeron el lema. La moda ya no la dictaría la nobleza, sino la burguesía, gran transformadora de los trastornos políticos de la época.

Pero tal vez lo más importante que destaca la autora en este período es el hecho de que la moda procedió a las ideas, en sus afanes innovadores y liberales. Es posible discutir esta afirmación, pero constituye, sin duda, uno de los aspectos más originales de la obra.



ESTE LIBRO SE

DETO EN

1996 - 500 /

/ MERCADO - 01

La moda, un fenómeno cultural [artículo] Julio Retamal Favereau.

Libros y documentos

AUTORÍA

Retamal Favereau, Julio, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La moda, un fenómeno cultural [artículo] Julio Retamal Favereau.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)